

Nazaret o la adoración del Padre

Dice San Lucas que Nuestro Señor empezó primero a hacer, y sólo luego enseñó: «*Empezó Jesús a hacer y a enseñar*» (Act. 1 1). Por lo mismo, lo que El *enseñó* sobre la adoración del Padre, la importancia que El le adjudicaba, nos la mostró antes con el *ejemplo* de su vida.

¿Cuándo? Simplemente, en Nazaret, que es el gran misterio de las almas religiosas. Ahí vemos la práctica efectiva de esta adoración del Padre. Nuestro Señor, antes de inculcarla a los apóstoles, la vivió durante 30 largos años. Meditemos brevemente sobre ella, para hallar en ella el modelo de nuestra vida religiosa.

1º Nazaret es Nuestro Señor como perfecto adorador de su Padre.

¿Qué es Nazaret? Ante todo, es *la adoración del Padre por parte de Nuestro Señor* a título de Cabeza nuestra. De los 33 años de su vida terrena y mortal, Cristo dedica 30 años a esta etapa de su vida, y sólo 3 años a su ministerio público, que consume con su sacrificio en la Cruz. Este solo recordatorio numérico ya es significativo de la importancia que Nuestro Señor adjudica a la labor que realiza en este tiempo. Y ¿cuál es, sino la adoración de su Padre?

En Nazaret Nuestro Señor confunde totalmente las categorías con que nos movemos nosotros los humanos, aun nosotros los católicos. Allí la actividad contemplativa predomina netamente sobre todas las demás actividades a que los hombres dan importancia. Encontramos en Nazaret, además, la clave de la presencia de Jesús en el Sagrario: en nombre nuestro, como Cabeza nuestra, se dedica a ofrecer al Padre el cuádruple tributo que toda criatura debe al Creador: adorarlo, expiar, impetrar y agradecerle. El se establece como el primer y perfecto adorador del Padre.

2º Nazaret es Jesús acompañado de otros adoradores.

¿Qué más es Nazaret? *Es Jesús asociando a María y a José a su adoración*, para no ser un adorador solitario. Estas dos almas privilegiadísimas van a compartir plenamente la obra tan importante de Cristo de adorar a su Padre. Y es ahí

propiamente donde empieza la vida religiosa, el llamamiento a asociarse a Nuestro Señor en esa adoración del Padre. Ahí tenemos también todo un mundo que descubrir:

1° *Estudiar a la Virgen María*, especialmente en su alma, en sus disposiciones, en su mirada continua sobre Jesús; todo lo que ella contempla lo guarda en su Corazón, sin que se le pierda nada, sin que se le escape ninguna luz sobre los misterios de Jesús.

2° *Estudiar a San José*, que será una de las grandes sorpresas del cielo: un alma que, para agradar a Nuestro Señor, se resignó a ser completamente desconocido en esta vida; un alma que se desgastó por Nuestro Señor con toda una serie de actividades que nunca lograron desconectarlo de su actitud interna de adoración, acompañando perfectamente con ella a Jesús y a la Santísima Virgen.

Esto es lo que buscaba Jesús, encontrando en la Virgen a la primera adoradora, y en San José al primer adorador. ¡Qué luz proyecta sobre la acción de María y de José esta consideración! Ellos, asociándose a la contemplación y obediencia de Jesús, hacen por Dios y por el mundo inmensamente más que los misioneros, predicadores, apóstoles, y por supuesto, que la mayoría de los hombres, abocados a empresas encerradas en el tiempo, sin ninguna incidencia para la eternidad.

3° Nazaret es la adoración al Padre a través de los deberes de cada día.

¿Qué otra cosa vemos en Nazaret? Vemos sobre todo el modo práctico de llevar a cabo la adoración al Padre. En Nazaret Nuestro Señor adora a su Padre a través de toda una serie de menesteres que son los que responden a su santísima voluntad. Es *Jesús adaptando la adoración del Padre a nuestros deberes diarios y ordinarios*. ¿Qué hay en esta adoración de Jesús? Hay olvido del mundo, hay silencio, hay trabajo, hay oración, y hay toda una serie de virtudes ocultas, tales como la humildad, la obediencia y la dependencia continua de la providencia divina.

A nosotros nos impacta más tal vez el misterio de la cruz, que pareciera ser el gran misterio del alma consagrada. Pero no hemos de olvidar que el misterio de Nazaret es el misterio de una inmolación tan entera y tan completa como la inmolación de la cruz, pero que se prolonga en una rutina de 30 años. ¡Y vaya si esta vida de Nazaret no supone una muerte a todo lo que el mundo desea! Supone un morir a todo lo que no es Dios, y un morir todo el tiempo que Dios nos conceda de vida.

1° Nazaret es, ante todo, *la vida separada del mundo*: no de los hombres, pues en la humilde ciudad en que vive, Jesús no carece de trato con ellos; pero sí de las costumbres, hábitos y espíritu del mundo. Jesús, en su pasión y muerte, triunfa del mundo vencéndolo y derrotándolo; mientras que en Nazaret parece hacerlo más bien despreciándolo y olvidándolo.

2º Nazaret es **la humildad**. Nuestro Señor se resigna a llevar una vida plebeya, a soportar las indelicadezas de la gente menuda, a sobrellevar privaciones frecuentes, a someterse a una oscuridad casi absoluta, a sufrir el desprecio que rodea las condiciones vulgares, con la ausencia aparente de toda ciencia, literatura e incluso cultura. «¿De Nazaret puede salir algo bueno?» (Jn. 1 46), preguntaría más tarde el piadoso Natanael. Pero también, en esta universal humillación, ¡qué humildad, qué serenidad, qué paz! La paz de la justicia, la paz de las leyes voluntariamente aceptadas, amadas y abrazadas; la paz de las necesidades y de los deseos plenamente satisfechos.

3º Nazaret es **el silencio**: ese silencio ejemplificado en San José, pero también en la Virgen y en Nuestro Señor. Por la meditación entramos fácilmente en Nazaret, porque podemos considerar lo que Nuestro Señor haría cada día; pero los Evangelios se callan totalmente al respecto, haciendo que un silencio, sagrado como el del Canon de la Misa, cubra toda esta etapa de su vida. Así combate Nuestro Señor al mundo, que es ruidoso y charlatán, y cuyo espíritu es la vanidad, la apariencia, el engaño, la frivolidad, la bagatela, las naderías, de donde proceden todas esas oleadas de palabras, ese prodigioso tumulto de palabras en todas direcciones.

4º Nazaret es **la oración**. No deja de sorprender el lugar importante que Nuestro Señor da a la oración, ya que El es Dios. ¿Cómo va Dios a rezar? Pero no hay que olvidar que Jesús en Nazaret se comporta como el enviado del Padre; y que es enviado en cuanto hombre; y que en cuanto hombre debe pedir. Nazaret es un lugar de oración: no sólo de oración vocal, ni de oración mental, sino también de oración espiritual, esa oración de que nos habla Monseñor Lefebvre, y que engloba todas nuestras facultades y actividades. Cuando hacemos lo que Dios nos pide para agradecerle a El, nuestra actividad se convierte en oración, o la oración abarca nuestra propia actividad.

5º Nazaret es también **el trabajo**: un trabajo asiduo, a veces penoso, pero siempre paciente y valeroso; trabajo de santo, pero a la vez trabajo de pobre, y también de penitente, y por ende, trabajo humilde, humillado, humillante. Es la ley de nuestra vida, ya antes de la caída, en cuanto que el trabajo es un acto que conduce al hombre a su fin, pero sobre todo después del pecado, en cuanto que el trabajo es duro, doloroso, y tiene razón de castigo. ¿Quién no sufre esta ley y no carga con ella? ¿Quién no se siente a menudo agotado y a veces aplastado? ¡Cuánto consuela entonces una mirada a Nazaret! ¡Qué sostén, qué estímulo, qué freno a la queja, qué alivio para la pena, es el espectáculo del Niño Dios derramando su sudor en espera de derramar su sangre!

6º En fin, Nazaret es sobre todo **un lugar de obediencia**: «*Les estaba sujeto*» (Lc. 2 51). En Nazaret manda el que menos vale, y el que más debería mandar es el que más obedece. El que menor santidad tenía, que era San José, era el que, por voluntad del Padre y en representación suya, mandaba a la Virgen y al Hijo de Dios. El hombre se elevó en su orgullo y quiso dominar a Dios; Dios, en cambio, se rebaja en su humildad y se coloca bajo la potestad del hombre, diciéndonos

ya desde Nazaret: «*Os he dado el ejemplo para que hagáis como Yo he hecho*» (Jn. 13 15). El cristianismo es un misterio y una doctrina de obediencia; la Iglesia, una sociedad de obedientes; el cielo, una ciudad y una familia en la que todos ponen su corazón, su gloria y su alegría en obedecer a Dios. Nazaret es, en este sentido, la gran escuela cristiana. La dulce obediencia que allí se practica lleva directamente a la obediencia más rigurosa del Calvario, la que San Pablo llama «*obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz*» (Fil. 2 8). Si el Calvario es el fruto, Nazaret es la raíz y el tallo.

4º Nazaret es el tipo auténtico de la vida religiosa.

En Nazaret la doctrina de la adoración del Padre reviste en la práctica los modos más concretos y accesibles: los que Dios nos pedirá a nosotros en nuestra vida religiosa. En ella la voluntad de Dios nos es indicada a cada instante a través de la Regla, una voluntad divina que tiene incluso horarios, tareas y empleos determinados.

Tal es *la fuente auténtica de la vida religiosa*, el misterio de la vida religiosa, que adora al Padre y glorifica a Nuestro Señor; esa es la santificación práctica de su santo nombre, el establecimiento de su reino en nuestras almas, el cumplimiento perfecto de su santa voluntad.

Tal es también el aspecto del alma de Nuestro Señor que perdura por toda la eternidad. En el cielo veremos la perfección y el valor que tiene esta adoración que el Verbo dirige a su Padre en su existencia humana de Nazaret. Pero tampoco entonces el alma de Jesús adorará a su Padre como un ser solitario, ya que nosotros nos veremos asociados íntimamente a la adoración de Jesús. Será la adoración del Cristo total: adorará la Cabeza, pero no sola, sino con todos sus miembros; adorarán los miembros, pero no con adoración propia, sino con la adoración misma de la Cabeza, de la cual ellos participarán. Será un solo Cristo adorando perfectamente al Padre. Y en esta adoración encontraremos toda nuestra dicha.

Téngase en cuenta, con todo, que una de los mayores sacrificios que puede significar la vida religiosa es su ocultamiento absoluto a los ojos del mundo. Sin embargo, ese ocultamiento sirve para preservar la vida religiosa. Todo lo que es valioso se oculta a los ojos de los demás, como ocultos y bien protegidos tenemos nosotros los órganos más vitales. Por eso mismo, el Verbo de Dios, Luz de Luz, decidió pasar la mayor parte de su vida terrena en un desconocimiento total de parte de los hombres, dedicándose a actividades que hacen que toda la existencia transcurra en una aparente intrascendencia a los ojos del mundo. «Realmente, oh Dios Salvador de Israel, tú eres un Dios escondido» (Is. 45 15). Escondido en su condición humana, quiso ocultarse durante la época de su vida que dedicó exclusivamente a su Padre, para ser visto sólo de El. «Habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios» (Col. 3 3).